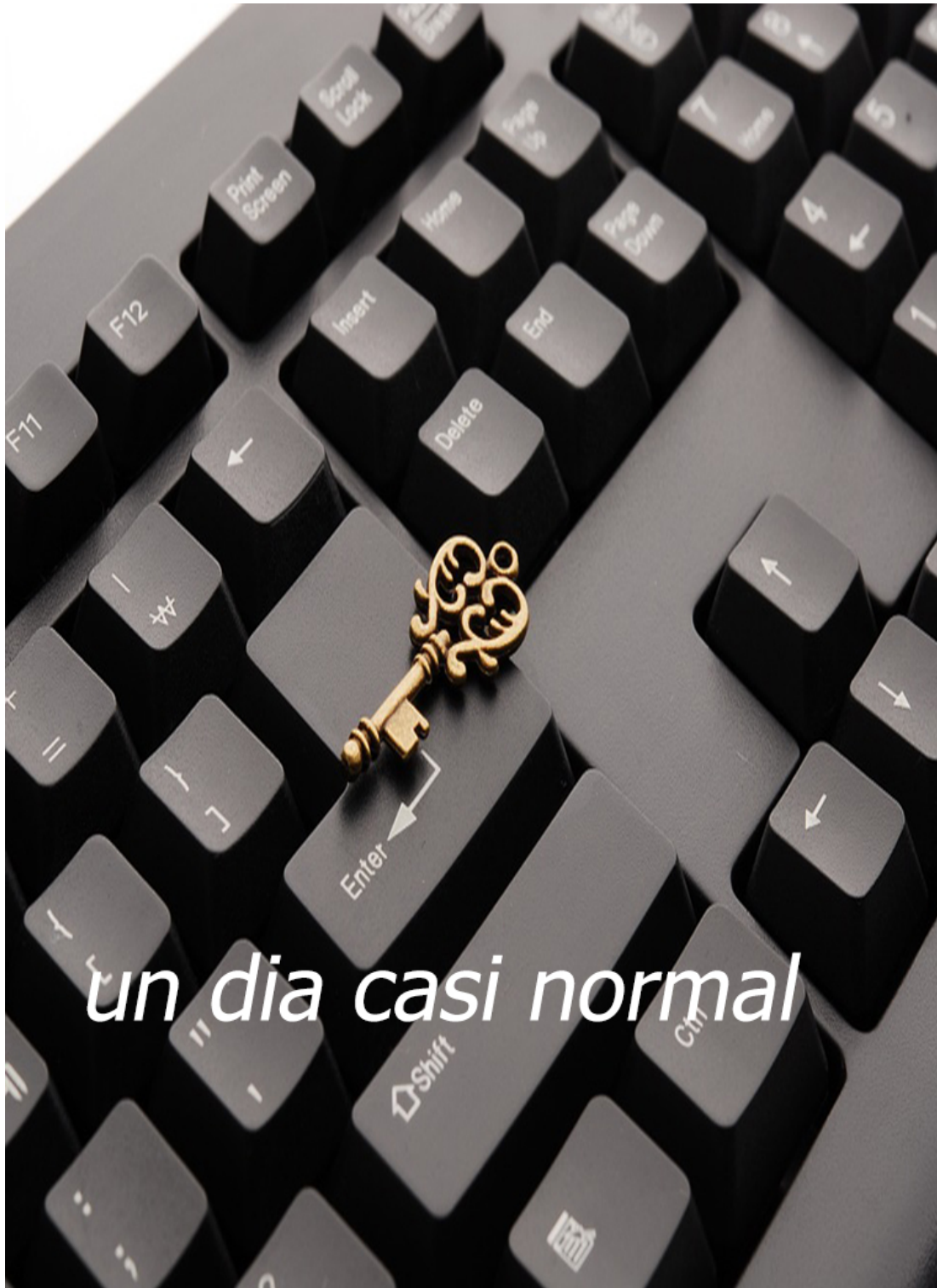


Contraseña peligrosa

Víctor Hugo Fernández



un día casi normal

Capítulo 1

Como todos los días, el sol comenzaba a surgir y entraba sin permiso por la ventana de Gastón. Gastón Ferreira era chaqueño, sus padres siempre se habían dedicado a la cosecha de algodón. La idea de pasarse la vida trabajando en el campo con sus padres, sencillamente no le gustaba. Hizo unos cursos de computación y se mudó a Córdoba en busca de un mejor porvenir. Consiguió empleo en una casa de informática del centro como técnico y encargado general del local.

-¡Uh las siete! Pensó que se le antojaba dormir un poco más, pero ya era hora de levantarse, puso la pava a hervir y se metió a la ducha. El agua templada lo despejaba. El agudo chirrido que hacía la pava le recordó que el agua había hervido; ya completamente vestido la apagó. Tomó unos mates amargos y abrió la puerta bajando rápidamente las escaleras rumbo al trabajo. Debía abrir el local a las nueve si no su empleador, el señor Ferguson, hombre bajo de no más de un metro cincuenta, regordete, casi calvo, no se lo perdonaría. Su jefe era un hombre particular. El primer día de trabajo le dijo a Gastón con un alto grado de soberbia y la sapiencia de un gran maestro que técnicos de informática había muchos, empleos pocos y que si no aprendía cuidarlo otro se lo sacaría. Era sarcástico cuando se lo proponía, pero Gastón necesitaba el trabajo y se acomodaría a sus pretensiones. Sacó los candados, levantó la cortina de metal y abrió la puerta de vidrio, prendió las luces, la computadora principal y empezó a controlar el stock. Estaba sumido en sus tareas, cuando se abrió la puerta sin aviso.

-¡Hola, hola!, ¿algún cafecito por aquí? Dijo la joven mientras irrumpía en el local.

Hola Alejandra, no te vi entrar.

-¿Seguro? No me digas que no llegaste a ver la mini a cuadros que traigo, se rio libertina.

Alejandra era la moza del café del frente, tenía una figura esbelta, era alta y flaca, tenía pelo rojizo quizás era real, sus piernas se apreciaban bellísimas, de ahí su preferencia a las minifaldas. Su edad a ojo de buen cubero no pasaría de los veintiséis. Hacía tiempo que se sentía atraída por Gastón, pero él se mostraba

indiferente a sus encantos. Estaba acostumbrada a traerle el café al Señor Ferguson, todas las mañanas, pero éste no había llegado aún.

- No llego Ferguson todavía, le dijo a Alejandra que en ese momento canturreaba un tema del Barón Rojo, pero te aviso cuando llegue.

- No hay problema corazón, perdón Gastón, se corrigió a si misma viéndose excedida en una confianza no retribuida.

Mientras se retiraba le advirtió a Gastón que había una hoja caída al pie del escritorio.

-Ya me fijo Alejandra, gracias.

Efectivamente, deslizada junto del escritorio, como una hoja de otoño debajo de un árbol, la nota decía: "Espero que hayas abierto a tiempo Gastón, por unos días no vendré a atender el negocio, viaje al interior, cuento con tu responsabilidad"

Una hora después, el golpe de unos pequeños nudillos sonó en la puerta de vidrio

- Señora Bermúdez, pase está abierto, le dijo Gastón con una sonrisa autentica.

- ¿En qué puedo ayudarla?

- Pasaba para comprar un cartucho para mi impresora querido, sentencio la septuagenaria.

- A ver, veamos. ¿Qué cartucho lleva su impresora?

- A no se nene vos debes saber cuál es. Gastón haciendo un esfuerzo para refrenarse y continuar con su cortesía hurgo en su memoria y finalmente lo recordó. - Es el cartucho 21, aquí está. Son ciento cincuenta pesos.

- ¡Ciento cincuenta pesos, vos te volviste loco!

- Sra. Bermúdez es el mismo precio de la vez pasada

- Bueno, bueno, ya no me acuerdo, lo mismo da.

- ¿Alguna cosa más?; Pregunto solícito Gastón

- No, nada más, aquí tenés la plata, querido, hasta luego.

- Que tenga buen día, la saludo amablemente mientras salía.

El día transcurría con mucha lentitud y no había mucho por hacer, solo mirar las noticias en la compu para pasar el rato. Unos fuertes golpes en la puerta de vidrio lo sacaron de su letargo, apareció por la puerta la

figura de un hombre corpulento, alto, de calvicie pronunciada y no más de cincuenta años que con una mirada fría se dirigió a él decididamente.

- Che pibe, le dijo despectivamente ¿Está Ferguson?
- Me llamo Gastón y el dueño no está.
- Che Gastón, dijo el extraño con un dejo de burla. ¿Se puede saber dónde está el inepto de Ferguson?
- Viajo al interior, vuelve en unos días.
- Viejo de mierda, tenía que irse justo ahora. Parece que voy a tener que confiar en vos.

Gastón, lo miro con asombro.

- Fíjate, a mi *notebook* se le cayó agua en el teclado y no prende. No puedo perder la información que posee. Necesito que la repares ya, ordenó.
- Bueno le voy hacer la ficha:
- Nada de fichas, Ferguson me conoce. Decile que soy el pelado Vásquez.
- Está bien, déjeme por favor su número de teléfono.
- Yo me comunico con Él ¿En cuánto tiempo la tendrá lista?
- El presupuesto tarda setenta y dos horas.
- Que lo haga no más, no hace falta presupuesto.

Y sin mayores comentarios se fue como llegó. Con rapidez cerró la puerta de vidrio y se perdió entre el gentío. Qué tipo raro, pensó Gastón, le voy a ver la *notebook* hoy mismo, aunque más no sea para satisfacer mi curiosidad de por qué tanta urgencia.

La mañana fue transcurriendo con algunos clientes ocasionales, deseaba ansiosamente que fueran las doce. Ya había encargado por teléfono un lomito y pasado las doce cerró la persiana.

- Al fin, se dijo. Llevo la *notebook* a la mesa de trabajo en la parte trasera del local y con destreza extrajo el teclado. Sopeteó la maquina con aire caliente y al teclado lo dejó en baño químico. Estaba en eso, cuando un fuerte golpe en la persiana de metal lo sobresalto:

- *Delivery*. Se escuchó desde afuera, recordó que había pedido el lomito.

-Esperá un segundo ya te abro.

- Son doscientos pesos.

- Acá tenés, le entrego el dinero y cerró con premura la puerta de la persiana metálica.

- Al fin, se dijo, y al cabo de un par de horas ya el teclado estaba listo. Lo inserto con cuidado, conectó el *flex* que lo enlazaba a la máquina y la prendió. Tenía contraseña. Problemático el loco éste, pensó Gastón para sus adentro, saco el *Hirens*, que permite sacar la contraseña y al volverla a reiniciar noto que la *notebook* estaba como lenta. Verifico el escritorio y vio que tenía solo tres carpetas ¿porque esta tan pesada?, pensó. Al fijarse en las carpetas noto que una de ellas era la de mayor tamaño pero los archivos no se correspondían con el tamaño real. Conclusión había una carpeta oculta. Al indicarle al sistema que mostrara todas las carpetas incluyendo las ocultas ésta apareció. La carpeta se llamaba "Se hizo justicia", Gastón trato de abrirla pero, también estaba cifrada con una contraseña alfanumérica de seis dígitos. Consulto en foros y tras probar con un descryptador nuevo, logro abrirla. A partir de ese momento, sus ojos, escasamente podían soportar lo que veían. Varios cadáveres de mujeres descuartizadas desfilaban frente a sus ojos. Cuando al fin logró tranquilizarse, le pareció reconocer algunas caras que había visto en la sección policial del diario de la mañana. Se prometió que esa misma noche esclarecería todas sus dudas. Estaba a punto de cerrar la persiana cuando una silueta oscura se dibujó en la puerta de vidrio. Era el pelado Vásquez, que estaba a punto de tocar la puerta.

- Disculpe Señor Vásquez su máquina todavía no está terminada,

- No importa, dámela como este, no te la puedo dejar.

- Bueno pero espere un segundo que la termino de cerrar.

- Que sea rápido entonces, exigió presuroso.

Gastón ya la tenía, pero debía copiar la carpeta en un *pendrive*, cerrar la ventana donde salían las fotos y apagar la *notebook*. Y por una maldita razón que desconocía tardaba en apagarse, la muy desgraciada. Simultáneamente se escuchaba el golpeteo del zapato que producía el Pelado Vázquez, haciendo ver que tenía poca paciencia y poco tiempo.

- Y pibe, sentencio con un grito de pregunta.

- Sí, acá la tiene. Por suerte ha sido un problema menor, le explico

Gastón.

- ¿Cómo? ¡Ya está lista!

- Si, ya puede llevársela.

El pelado Vázquez acercó sus manos huesudas, como garras y tomó la *notebook*.

- Muy bien pibe, me asombraste, no pensé que la fueras a tener lista, después arreglo con Ferguson lo de la guita, chau loco.

Cuando traspasó la puerta, Gastón suspiró como quien despierta de una pesadilla. Esa misma noche, Gastón prendió su *notebook* en su departamento y empezó a buscar los últimos homicidios ocurridos durante los meses previos al último asesinato, en el conocido Barrio de Altamira. Obviamente todo *el modus operandi*, encajaba perfectamente. Cada vez más, a Gastón, empezaba a envolverlo una angustia interminable y peor aún pensaba que iba a terminar perdiendo la cordura.

La ventana se abrió de golpe y Gastón saltó de la silla.

- Es sólo un poco de viento todo va a salir bien, se decía sin podérselo creer. Pasaron lentamente las horas hasta la entrada del sol que despiadadamente dañó sus ojos. Sin más titubeos decidió ir a la policía, una cosa tenía en claro, al local no podía volver.

Eran las ocho de la mañana cuando Gastón entró por la puerta de la estación de policía. Un hombre alto, flaco y de nariz puntiaguda vestido de policía lo atendió:

- ¿En qué puedo ayudarlo Señor?

- Mire, tengo pruebas fehacientes de la identidad del asesino serial de Altamira.

- Espere un momento que busco a la detective Carranza, se apresuró en contestarle el oficial.

Momentos después una mujer alta, de pelo castaño oscuro, piel blanca y ojos negros hizo su aparición:

- Buenos días, ¿Su nombre Señor?

- Me llamo Gastón Ferreira

- Me dijeron que tiene información precisa del asesino de Barrio alta Mira.
- Si así es, efectivamente tengo fotos de las mujeres asesinadas en los últimos dos meses.
- A ver, muéstreme, le ordenó la mujer policía.

Gastón saco unas fotos de su mochila y se las mostro.

- ¿De dónde la sacaste? Le pregunto la detective, ya tuteándolo.
- Las saque de la *notebook* de un cliente de mi jefe, la carpeta estaba oculta y encriptada.
- Interesante, dijo mientras masticaba una idea que no lograba dar forma aún. ¿Te sentís bien? Por qué te pusiste pálido como el mármol, ¿Qué te pasa?
- Lo que pasa detective es que acabo de recordar que no volví a encriptar la carpeta, por lo tanto se va a dar cuenta que vi sus fotos y ahora debe estar buscándome.
- Bueno tranquilízate. Dame el nombre del cliente dueño de estas fotos.
- Sólo sé que le dicen el pelado Vázquez y que es conocido de mi jefe.
- Dame todos los datos que puedas recordar; dirección del local, el nombre de tu jefe, y la dirección de tu casa, ya mando un patrullero.
- Detective, el negocio está cerrado y yo no lo fui a abrir esta mañana, mi jefe está de viaje y vuelve dentro de unos días, aclaró Gastón.

Una vez que le dijo todo lo que recordaba a la teniente, inició el regreso a su departamento con la firme promesa que le irían a mandar una custodia para vigilara su domicilio en todo momento y mientras durara la investigación.

Con una mezcla de tranquilidad por haber vomitado todo lo que sabía, por decirlo de alguna manera y con la angustia de saber que el criminal aún andaba suelto, volvió a su casa. En ese mismo momento, pero en el local de computación, Vázquez golpeaba la cortina de metal como si hubiera alguien adentro.

- Disculpe, no creo que vayan a abrir hoy.
- ¿Quién sos vos? Reaccionó con bronca Vázquez.

- Soy Alejandra, la moza de al lado, y es muy raro que a esta hora Gastón o el señor Ferguson no hayan abierto. De todos modos, cuando termine mi turno iré a ver si le pasó algo a Gastón, es un buen chico.

En ese momento, Vázquez, se dio cuenta que era su oportunidad para seguirla y descubrir en dónde vivía ese imbécil entrometido.

Gastón ya se encontraba en la seguridad de su casa, pero lejos de quedarse tranquilo no dejaba de ver las noticias policiales, como si eso lo tranquilizase.

Pasado el mediodía cuando cerró la cafetería, Alejandra tomo su moto vieja y se dirigió a lo de Gastón sin reparar que un Ford Falcón verde ponía el guiño y comenzaba a seguirla. Al llegar al edificio de departamentos donde vivía Gastón, se detuvo, estacionó su moto, tocó el timbre y espero.

- ¿Quién es?, dijo una voz con cierto temor.

- Soy Alejandra Gastón, ¿estás bien?

- Si, pasa. Sonó la chicharra y la puerta se abrió.

Luego de subir las escaleras hasta el primer piso departamento B, vio que la puerta estaba abierta y a Gastón mirándola extrañado.

- ¿Paso algo? ¿Por qué viniste a mi casa?

- Eso es lo mismo que venía a preguntarte Gastón, hoy no abriste y tampoco vino el señor Ferguson. Me preocupé.

- Entrá, lo que pasa es que estoy metido en un quilombo. Respondió Gastón casi histérico.

- ¡Que te paso! ¡Contame!

- El otro día vino un cliente que solo quería ser atendido por el Señor Ferguson, él se encontraba de viaje y yo le repare la *notebook*, pero además me metí dentro de sus carpetas porque era un tipo muy raro, la curiosidad pudo más y vi cosas que no tendría que haber visto y ahora corre peligro mi vida.

- No tendrías que haber hecho eso. ¿Qué es lo que viste?

- Encontré fotos de mujeres descuartizadas y todas coinciden con las prostitutas muertas en Barrio Altamira.

- ¿Las que habían descuartizado y no habían hallado el culpable? ¡Dios mío que horror!

- Lo que no me sierra es el papel que juega en esto Ferguson.

- No lo sé, todo es bastante confuso Gastón.

Pasadas un par horas y después de haber tomado unas cuantas tasas de café, Alejandra se despidió de Gastón y se encamino por el pasillo hacia las escaleras. Cuando hubo bajado el primer tramo, sintió que alguien subía y al levantar la mirada vio con sorpresa que se trataba del hombre del que habían estado hablando con Gastón. Por un instante se quedó sin respiración y paralizada en el descanso de la escalera. Sin demoras, Vázquez aprovecho la situación para taparle la boca con un pañuelo empapado en cloroformo. Una vez desvanecida, la tomó entre sus brazos, la subió al auto y se la llevo de ahí.

Al volver en sí se dio cuenta que sus brazos estaban sujetos a unas cadenas que pendían de un travesaño y su boca amordazada con trapo inmundito. Sintió olor a humedad y a encierro, parecía una fábrica abandonada. El miedo le carcomía las entrañas.

Ya avanzada la noche Gastón descubrió que debajo de la puerta había una nota y como si de una araña se tratase, con miedo y prisa a la vez la levantó. "Gastón si la querés volver a ver viva y entera, vení ya a esta dirección. Y vení solo, si no la chica se muere". Gastón, sin pensarlo mucho llamo a un taxi y dándole la dirección que tenía le pidió que lo llevara.

- Mira pibe, esta dirección que me das corresponde a una zona de villas miserias, de hecho la dirección exacta es de una fábrica abandonada. Lo máximo que puedo hacer es dejarte en la entrada del barrio, si no te bajás ya.

- No hay problema déjeme en la entrada entonces.

Y así bajando la bandera del reloj del taxi empezaron el recorrido, desde la vereda del frente un auto particular, que había estado estacionado frente a su casa desde hacía un buen tiempo, comenzó a seguirlos.

- Ya está pibe a quinientos metros esta tu fábrica, anda con cuidado.

Gastón, bajo presuroso y se dirigió derecho al lugar indicado. En la penumbra un auto esperaba instrucciones.

-Acá sargento López, el joven se metió a una fábrica presuntamente

abandonada, pido autorización para entrar.

- Negativo Sargento López, espere refuerzos ya están en camino

- Copiado central.

Gastón entró por un pasillo angosto y largo, en el fondo se podía apreciar una tenue luz. Cuando de pronto sintió una voz ronca en la oscuridad que salía del costado y al mismo tiempo el frío de una pistola se apoyaba en su cien.

- Quieto pendejo o te liquido acá mismo sin asco, las manos atrás.

Gastón sintió el frío de un elemento de metal que inmovilizaba sus muñecas.

- Camina no más, seguro que te preguntaras por que no te mato aquí mismo. La razón es muy sencilla, deseo que veas que bien que hago mi trabajo.

Caminando por el oscuro pasillo, llegaron a una habitación central, llena de luz allí, yacía colgada de las cadenas del marco, Alejandra, presa del horror y la desesperación.

- Mirá sentáte en esta silla, frente a tu amiguita. Así ves el espectáculo, se rio burlonamente. No quería que las cosas fuera así pero tenías que arruinarlo todo pendejo. Demasiado curioso resultaste.

Gastón no lo podía creer lo que veía. Vázquez había tomado una sierra eléctrica y se disponía a hacerla arrancar.

- Espere por favor, le dijo Gastón con angustia, Alejandra no es una prostituta.

- Puede ser, pero esa pollerita corta a cuadros tipo colegiala, dice todo lo contrario. Yo tengo una misión, sabes. Y es terminar con todas estas mujeres provocadoras, las cuales en su mayoría ofrecen su cuerpo como mercadería al mejor postor.

- Dígame una cosa más ya que supongo que nos va a matar a ambos. ¿Qué tiene que ver Ferguson en todo esto?

- ¿Y a vos que mierda te importa, pendejo? Pero te lo voy a decir para que no te mueras con la duda. Vázquez lanzó una fuerte carcajada. - Ferguson es el que me consigue las putas y las lleva a la pensión de Altamira. Bueno ahora basta de interrupciones, mira y disfruta de un verdadero

arte.

La cierra empezó a girar y a aproximarse al cuerpo de la chica, cuando de pronto se oyó una voz potente y clara.

- Alto policía, bajá la cierra o te quemo.

-Ya es tarde, dijo Vázquez e inmediatamente arremetió con un impulso renovado hacia la joven indefensa. En ese instante una bala le atravesó la nuca y le hizo estallar la cabeza bañando con su sangre a ambos jóvenes.

- Nunca es demasiado tarde. Sentencio la teniente Carranza.

Victor Fernandez